

# La tercera nación

Antonio Navalón

*Las fronteras son las cicatrices que han dejado las guerras en los mapas de las naciones. El muro de Tijuana representa los límites del mundo civilizado. En este texto el escritor y periodista Antonio Navalón —autor e impulsor del proyecto cultural “La tercera nación” en Tijuana— reflexiona acerca de la barbarie implícita en el muro que construyen los norteamericanos y que degrada las de suyo problemáticas relaciones entre nuestros países.*



Elsa Medina



Roberto Córdoba-Leyva

Antes, las fronteras eran naturales, es decir, étnicas y culturales. Las fronteras eran los pueblos, no en el sentido físico de las ciudades; sino en el sentido de los que hablaban una misma lengua, tenían una misma creencia y un mismo espíritu.

Las fronteras existen en un sentido excluyente y garantizador de la soberanía desde que existen los Estados. Sobre todo, para aquellos que, a través de la expansión, las guerras o la conquista, necesitaban clasifi-

car su poder, preservar su mundo y más aún, exteriorizar su miedo.

¿Qué son y hasta dónde llegan hoy las fronteras?, es la primera pregunta que se quiso responder con el programa multidisciplinario, *Tijuana. La tercera nación*.

Consideramos que esta reflexión podía llevarse a cabo mediante un programa multidisciplinario que pusiera en juego diversas expresiones creativas que dialogaran con el entorno, hicieran patente la vida cotidiana,



Elsa Medina

y fueran un espejo para los habitantes de las regiones fronterizas.

La frontera entre los Estados Unidos y México constituye un caso y, de todas las ciudades ubicadas en esta franja, escogimos Tijuana.

Tijuana es la frontera más visitada del mundo con más de noventa y dos millones de cruces legales al año. Actualmente esta frontera ha perdido el liderazgo de los cruces ilegales de los que, como es natural, sólo existe una aproximación numérica.

Esta ciudad es el punto más caliente de la frontera más larga con el Imperio Estadounidense, y lo es porque en Tijuana la gente ha tenido que aprender a vivir sobre dos mundos. La historia nos dice que, hasta 1942, el paso de los tres mil cien kilómetros de frontera entre México y los Estados Unidos de América era libre, al menos en Tijuana, y no se exigía ningún tipo de documentación.

En 1978, la primera vez que visité Tijuana, en su célebre Cañón Zapata —que era el punto donde aproximadamente terminaba un país y empezaba el otro—, pude ver en las tardes cómo los miembros de “la migra”, la famosa *Border Patrol* que protege la frontera del vecino país, jugaban al fútbol con los inmigrantes indocumentados quienes, al caer la noche, iban a cruzar la frontera de manera ilegal. No había valla alguna y, aunque ciertamente algunas partes contaban con protección especial, no existía el muro tal como hoy existe. No hace falta aclarar que la tolerancia hacia la inmi-

gración ilegal estaba determinada por las cosechas y la necesidad de tener trabajadores baratos, sin derechos, que hiciesen más grande el Imperio Estadounidense.

Desde luego, no sólo los estadounidenses emplean trabajadores de otros países para hacer el trabajo que ellos no quieren realizar y soportar a bajo costo sus desarrollos; pero sí son los que, en el caso mexicano, más decididamente permitieron el nacimiento de una comunidad que —por encima de las leyes, por encima del propio sentido común, sin renunciar a la condición de mexicanos de unos y a la de estadounidenses de otros—, ha creado un espacio inevitable de convivencia cívica y de espacio social nuevo, artístico, que yo denomino *Tijuana. La tercera nación*.

Ya desde aquella visita en 1978, me impresionó la igualdad existente, que no es de renta, naturalmente, sino una especie de dignidad al resistir, más allá de las leyes y los defectos congénitos de sus países, unas armas de vida y de creación cultural que son comunes, y que prevalecieron durante mis subsecuentes viajes a Tijuana en 1982, 1986 y 1994, cuando todavía no había un muro. El siglo xx tendrá ya para siempre en su iconografía la prueba palpable del fracaso de los muros y la inutilidad de ellos con el hundimiento del imperio comunista y la caída del muro de Berlín. Ese hecho está grabado en las imágenes de la libertad como uno de los más grandes momentos de alegría global, porque ese muro simbolizaba el temor de un régimen caduco a la liberación de sus pueblos. Llama poderosamente la aten-



ción que los Estados Unidos de América, el país que más festejó y con seguridad contribuyó a la caída del muro de Berlín, cinco años más tarde edificase el propio.

¿Qué significa la construcción de este muro entre México y los Estados Unidos de América?

En 1994, cuando William Jefferson Clinton era presidente de la Unión Americana, comenzó el Programa *Kit Kate*: el levantamiento del muro que marca la línea divisoria entre esa nación y México. Cabe señalar que en los Estados Unidos de América, durante un periodo de cincuenta y dos años, es decir, de 1942 —fecha en la que este país empezó a exigir identificación para ingresar en su territorio— a 1994, se produjeron dos hechos fundamentales: el primero es que, para este año, había ya más de veinte millones de inmigrantes mexicanos legales, una mancha de población que, con bases muy fuertes en los antiguos territorios mexicanos de California, Nuevo México y Texas, creció de tal manera hasta ser hoy, por ejemplo, la minoría más importante de la ciudad de Chicago.

El segundo, se relaciona con las economías interdependientes, y en este punto hay que recordar que ya se había producido el acuerdo entre élites, que es el TLC. La inmigración ilegal de mexicanos en los Estados Unidos de América en el año 1994 se situaba alrededor de los siete millones.

Por todas estas razones es muy importante preguntarse: ¿para qué levanta un muro el Imperio cuando ha sido partícipe en el derrumbe del otro entre el Este y el Oeste, conocedor de algo tan obvio y tan definitivo

como el hecho palpable de que ningún muro, nunca, detuvo idea alguna?

Al programa *Tijuana. La tercera nación* le interesa el porqué de separar —con un hecho tan agresivo y tan definidor de espacios, limitador de libertades y señalador de desigualdades, como es un muro— unas comunidades como la mexicana y la estadounidense, que están interrelacionadas con tal fuerza que ya han constituido una tercera nación.

En la frontera de los Estados Unidos de América y México —una franja de entre ciento cincuenta a doscientos kilómetros después de la ampliación hecha el 10 de agosto de 2003— viven ochenta y tres millones de personas entre los dos países, cuyo grado de dependencia económica es enorme. Por ejemplo, en la ciudad de San Diego, California —cuya base militar es la segunda más importante de la Unión Americana—, se tiene un nivel de desempleo más alto que en la ciudad de Tijuana y, según los últimos datos oficiales, las compras por menudeo de los tijuanaenses en San Diego son de cuatro billones de dólares al año.

En toda la frontera no se habla de los Estados Unidos de América, ni se habla de México, se habla simplemente de “el otro lado”. Sus habitantes son conscientes de que, pese a todo, forman parte de un mismo sitio.

Diez años después del levantamiento del muro de Tijuana, resultaba interesante comprobar, por ejemplo, si se había desarrollado un sentimiento de odio entre ambas comunidades o se había destruido esa tercera nación convivencial. No es así, ambos lados se han

Descubrir y enfrentar la transformación de este producto, que son las migraciones, por medio de una integración de nuevas culturas, es uno de los grandes desafíos del siglo XXI.

acostumbrado a vivir con algo que, pese a las tres mil víctimas que ha cobrado hasta el momento, ha sido un fracaso. Con tan alto costo en vidas de mexicanos y centroamericanos que intentaron cruzar saltando ese muro, el testimonio del dolor son las cruces colocadas a lo largo de éste; pero no existe —y eso se puede apreciar en la cultura de ambos lados de la frontera—, un espacio de odio. Es más visible el miedo del lado estadounidense, que el rencor del lado mexicano.

Por esta inutilidad anticipada, por esta expresión del miedo de nuestro vecino, por este elemento que no impide ver a ambos lados, nos decidimos a acometer sobre el propio muro mediante la obra de artistas plásticos tijuanaes y de otros artistas visuales, y mostrar la vida sobre la muerte que representan las cruces sembradas en ese espacio inútil.

Por primera vez el muro de una frontera se utiliza, de manera sistemática, como una exhibición de arte, que más allá del propio valor artístico, se alza sobre los cadáveres de otros muros que intentan evitar que pase el viento o las ideas, como la prueba del triunfo de la vida.

La frontera la llevamos dentro. Si uno recuerda que entre 1994 y el año 2001 se produjo la revolución tecnológica —el estallido de la era de la comunicación, la globalización—, en un mundo donde las fronteras son como antes, mentales y ahora sólo virtuales, todavía se comprende menos: ¿para qué hacerlo? El 11 de septiembre de 2001 nació el siglo XXI, y en estos cuatro años el siglo parece haberse marcado por el miedo y la contradicción. Nunca supimos tanto y nunca usamos menos lo que sabemos.

Todos vivimos en una frontera, todos tenemos muros; pero la capacidad de rebelarse contra el límite físico, a través de la creación, es lo que pretende ser esta reproducción de la frontera. Ese triunfo de la vida es el que ha provocado que las fronteras sean inútiles en cualquier lugar del mundo y el que pretende hacer reflexionar a los ciudadanos sobre realidades que nos desbordan a todos.

En cada pincelada, en cada fotografía y en cada *graffiti* artístico de los tijuanaes hay —y no precisamente en un mundo feliz— una lección que nadie tenemos derecho a olvidar: todos los muros caen, los imperios desaparecen, sólo la cultura permanece. Esta cultura está hecha día a día, sobre la base de ver al otro como un igual, de saberse igual, aunque no se tenga lo mismo.

Todo esto permite mostrar dos cosas: la primera, como dijo el ex presidente Franklin Delano Roosevelt que “sólo hay que tenerle miedo al miedo”; y la segunda, que cuando los ojos de los artistas miran esa explosión salvaje que es el nacimiento del muro, siguen viendo a través de él una misma tierra y una misma sangre, y no les detiene el miedo del pueblo estadounidense

ni el hecho terrible de la existencia temporal del muro.

Cuando creamos la exposición que está hoy sobre la frontera —ahí donde se quieren separar dos mundos que la gente une—, lo hicimos como un reto porque creemos que los estadounidenses, después de cien años de leer en las paredes *Yankees go home!*, están acostumbrados a vivir con eso. A lo que no están acostumbrados es a sociedades que no le teman a su capacidad de destrucción.

El muro de Tijuana es igual que el muro de Berlín. A este último se le llamaba “de la vergüenza”; a aquél, seguramente se le puede llamar “del miedo”.

Este muro expuesto hoy en Madrid, en ARCO 2005, no solamente quiere utilizar el arte contra los muros, y no sólo pretende recordar que casi nunca cumplieron su objetivo; también quiere plantear el problema de las fronteras, las migraciones y las integraciones en todas partes.

El muro de Tijuana representa las fronteras del mundo. Fuera de la primera vista y su carga de límite, de su brutal expresión de lo distinto, pretende también una reflexión sobre lo que sucede cuando uno atraviesa



Maximiliano Lizárraga

la frontera, y eso es que la frontera la llevamos puesta, no en el sentido limitativo sobre el movimiento de las personas, sino como un movimiento creativo de reafirmación de las identidades, que tiene que encontrar la forma de integrarse, defendiendo su propia personalidad dentro de las sociedades a las que se incorpora.

En los Estados Unidos de América, el profesor Samuel Huntington ha advertido con claridad sobre el peligro mexicano; y en efecto, se trata de un peligro desde el punto de vista de esta nueva realidad migratoria compuesta por millones de personas. Las grandes migraciones en los Estados Unidos de América se producen sobre la base del *melting pot* (recipiente que mezcla o derrite). Ciertamente, la comunidad mexicana en los Estados Unidos de América se niega a deshacer su identidad. Este hecho no sólo plantea un falso choque de civilizaciones, sino que obliga a adaptar y ensanchar los sistemas sociales que les permitan cumplir como leales ciudadanos de su nuevo país, conservando el respeto a sus identidades. El peligro no lo suponen los que se niegan a ser disueltos; el peligro lo suponen quienes niegan la realidad social y no emprenden el esfuerzo de la integración.

Las fronteras se mueven hacia el interior de los países. Ahí, donde llega un emigrante que saltó el muro físico, se nos plantea el dilema de si seremos capaces de saltar los muros sociales que amenazan con el uso del racismo. Todas las ciudades desarrolladas de los Estados Unidos de América, Europa y Asia se ven afectadas por la mezcla social derivada del fenómeno migratorio, que

ha crecido sin que estemos muy seguros de haber querido que así fuera. De tal manera, hoy hay muchos nuevos estadounidenses, españoles, alemanes y franceses que son producto de la frontera.

Descubrir y enfrentar la transformación de este producto, que son las migraciones, por medio de una integración de nuevas culturas, es uno de los grandes desafíos del siglo XXI. Si no sucede así, veremos en muchos países la repetición de las luchas por los derechos civiles que cambiaron la faz de la Unión Americana en la década de 1960, cuando resultó imposible que los afroamericanos siguieran siendo ciudadanos de segunda.

Nuestras sociedades son hoy el producto de la transformación de las culturas, de los colores y de las sensibilidades. La duda que anida en el corazón de los dueños de los países desarrollados sobre si querían tener socios de otro color, otro continente y, en el caso de Europa, de otras civilizaciones y religiones, es la que también pretende plantear el muro como representación del fracaso del hombre para controlar los fenómenos sociales que genera.

Al final sólo la cultura y el arte nos hacen libres porque sólo ellos permanecen cuando los despojos del miedo del hombre, que son los muros, sirven para decorar jardines en otras ciudades, como le sucedió al muro de Berlín. **U**

---

La obra fotográfica que acompaña este texto pertenece al catálogo *Tijuana. La tercera nación*, Editorial Santillana, 2005, 206 pp.



Acamonchi